



siete acordes

**Poesía última escrita en Bolivia desde 2000
al presente (introducción y muestra)**

por Juan Carlos Ramiro Quiroga

siete acordes de la sinfonía del silencio

Sobre la poesía última escrita en Bolivia desde 2000 al presente

por Juan Carlos Ramiro Quiroga

*Este lenguaje mutable
que se reconoce fragmento disperso
pero sucumbe ante los arrebatos
de la plenitud.*
Juan Carlos Orihuela

1. *"En su corta y no menos intensa tradición, la poesía boliviana ha hecho suya, ha encarnado, una pasión por la brevedad de la palabra. Lo curioso es que esta pasión acabó domesticando la escritura – la superstición de una escritura –; búsquedas celosas de 'ese' poema depurado, conciso, transparente, que al abolir entreveros y nubarrones, quiso ver claro donde no hay tal claridad, ni la habrá nunca".*
2. *Con estos términos Rodolfo Ortiz, director de la revista literaria La Mariposa Mundial, anticipó no sólo una lectura del poemario Extramuros (La Paz, 2004) del poeta orureño-cruceño Benjamín Chávez, sino que definió con harto acierto e inteligencia el objetivo primordial de la poesía boliviana escrita a partir de 2000. Momento decisivo para la emergencia de nuevas voces femeninas en el ámbito de la poesía de fin de siglo y principios del milenio.*
3. Lejos estamos de las premisas o exigencias del imaginismo, celosamente abandonadas en tierra americana por Ezra Pound cuando a principios del siglo pasado desembarcó en Londres, o aquella comidilla de Juan Ramón Jiménez por la "poesía pura" que consistió en un culto de la imagen y una elaboración del sentimiento ajeno al desborde y a la emoción fácil, que tuvo especial atención de la generación del 27.
4. Los poetas de Bolivia no son menos exigentes ni mucho menos. Armados no solamente de la poética de la corrección de Oscar Cerruto o del impresionismo verbal de Eduardo Mitre o del conocimiento superficial del haikú japonés, sino también de los parámetros poéticos anglosajones que se cuelan como sabandijas a través de la poesía de Alejandra Pizarnik (una especie de piedra imán), los poetas bolivianos trabajan la palabra hasta convertirla en un hueso blanco: tal vez un epígrafe, tal vez una epitafio, tal vez una nadería.
5. Quizás más incisivos que sus antecesores y con una lucidez devastadora, los poetas bolivianos han convertido la pasión por la brevedad de la palabra (metonimia) en una especie de camisa de fuerza en la que es cuasi posible contener la otra palabra (el caudal metafórico). Fue María Soledad Quiroga con *Maquinaria mínima* (La Paz,

- 1995) quien no sólo nombró indirectamente los desafíos de esta búsqueda que aún no termina en Bolivia, sino que dejó algunos trozos de ese no nombrar y de ese no decir.
6. Entre ese afán de la depuración o devastación de la palabra han surgido siete obras: *Rutas de viaje* (La Paz, 2002), de la poetisa paceña-chuquisaqueña Paura Rodríguez Leytón; *Recodo en el aire* (La Paz, 2003), del longevo poeta paceño Jaime Nisttahuz; *Luciérnagas del fondo* (La Paz, 2003), de la poetisa cochabambina Vilma Tapia Anaya; *Extramuros* (La Paz, 2004), del poeta orureño-cruceño Benjamín Chávez; *Los muros del claustro* (La Paz, 2004), de la poetisa paceña María Soledad Quiroga; *Rasguño del silencio* (La Paz, 2004), de Blanca Garnica; y *Andamios* (Santa Cruz de la Sierra, 2004), del poeta cruceño Gustavo Cárdenas.
 7. Un elemento visible en este septeto de poetas es el uso elegante del mecanismo de la crítica a esa especie de agujero negro que ha constituido la poesía de Jaime Saenz. Casi indiferentes a la metafísica del lenguaje e inclusive a la trascendencia de la palabra, estos poetas ha descubierto que la escritura poética perdió no sólo su sentido, sino un lugar claro en el mundo. De ahí que ante la pérdida de la palabra, lo más importante para estos poetas y poetisas es el silencio que la rodea. Hay una especie de descreencia en la experiencia literaria, es decir, una falta de fe en el acto de escribir y en el acto de decir.
 8. ¿Las obras de estos poetas son meros cometas que se entregan a su finitud en la inmensidad del misterio? Una lectura tal arriesgaría la imposibilidad de nombrar el mundo o mejor el lugar de permanencia en este planeta. No obstante, hay algo más puntual. Lo que estos poetas tienen en el horizonte ya no son los signos en rotación (la palabra en la busca de su sentido), sino solamente el transcurso o paso de la palabra entre la plenitud y la finitud. Como escribe el viejo poeta Jaime Nisttahuz: "posan/ pasan/ las palabras".
 9. Más preocupados en el paso del tiempo que en las palabras. O mejor, más atentos al paso de las palabras en el tiempo, este grupo de poetas y poetisas han hecho suya la tentativa de lo que Octavio Paz creyó que era el núcleo de la experiencia literaria: el tiempo. "La experiencia literaria – explicaba Paz a sus oyentes universitarios en *Pasión crítica* (Buenos Aires, 1985) – no es sino uno de los modos de aparición de ese elemento extraño: el tiempo mismo que, en todos sus cambios, es el mismo tiempo".
 10. Aunque estos poetas y poetisas se han dado cuenta de que la fuerza de la poesía reside en su capacidad de fijar imágenes en las palabras, también se han dado cuenta con azarosa obstinación que las palabras son frágiles o débiles, porque están devoradas por el tiempo y sometidas a los accidentes de la historia. Esa visión los aleja de las reflexiones de Paz que en el poema "El mismo tiempo" decía: "Yo no escribo para matar al tiempo/ ni para revivirlo/ escribo para que me viva y reviva". Los poetas bolivianos sólo mascullan (murmuran, tartamudean, balbucean) ante la indiferencia del tiempo o ante su fatalidad mortuoria.
 11. Lo que los poetas y poetisas bolivianas columbran en el horizonte no es solamente el transcurso de la palabra, sino el tiempo que la devora: mudanza y silencio. Mucho

más auditivos que Mitre o que Cerruto, los poetas han hallado un nuevo arpegio quizás más trascendental que las palabras. Un nuevo rito, un nuevo viaje y una nueva aventura comienzan: han oído el silencio en la página blanca que es alimentada por el ruido de la palabra. El principal problema de estos poetas no es la lengua, sino el habla. Ignoran cómo se podría pronunciar o se debería expresar esta música. ¿Habría que inventar otro lenguaje u otra escritura? Estas son sus premoniciones y advertencias.

12. Lo esencial en *Rutas de viaje* de Paura Rodríguez Leytón no es la palabra, sino la conciencia del paso del tiempo. No es gratuito que uno de los poemas principales de su tercer libro se llame "Del tiempo". Es quizás el único poema donde la poetisa reflexiona mordazmente sobre la situación temporal que produce en el ser humano, mudanza constante, silencio y desconocimiento. Por eso el desafecto de la autora en contra la palabra, porque no sólo ha perdido fascinación, sino importancia: "sería mejor ser un papel blanco/ inconcluso", anota Rodríguez Leytón.
13. A pesar de la diferencia generacional, en el poema "Cosas de familia" de *Recodo en el aire*, Jaime Nistthauz coincide plenamente con la suspicacia poética de Paura Rodríguez Leytón sobre la ausencia de pertinencia de la palabra en cuestiones vivenciales: "si fuéramos/ una página en blanco/ quizás supiéramos/ cada vez más/ que toda palabra/ queda inconclusa/ por esas cosas de familia", escribe el poeta paceño. Pero es en "Recuadro para un epílogo" donde el paso del tiempo inscribe su sentido letal en el poeta: "Por las rendijas se van los días./ Hay un recodo en el tiempo/ donde crecen las distancias / y nos hacemos irremediables".
14. En *Luciérnagas del fondo*, el cuarto poemario de Vilma Tapia Anaya, se realiza lo contrario. No hay una preocupación del paso del tiempo. En vez de captar el paso irremediable del tiempo, la poetisa goza cada instante a través de la palabra, que no ha perdido ni su antigua ritualidad ni su inefable fascinación. El tiempo asoma en cada verso escueto trayendo imágenes familiares del pasado, aflorando en los seres y cosas presentes, proyectando su luminosidad y silencio vital en cada momento. La poetisa vive el instante: *carpe diem*, podría decir. Por ese motivo, los instantes de vida en *Luciérnagas del fondo* retozan y se demoran. O en palabras de Tapia Anaya: "nos repiten".
15. La conciencia del tiempo en *Extramuros* de Benjamín Chávez ha acabado por hacer inútil y tediosa toda existencia: "repetir la fórmula/ de los días/ una vez/ otra vez/ una y otra vez/ lo manoseado". Hasta el nombrar, acto primordial desde el primer hombre, se ha convertido en la imposibilidad de nombrar nada o de nombrar a nadie. Hay términos inmejorables a los que recurre Chavez para referirse a la palabra. La denomina maleza, notas, tachaduras, anotaciones, pocas letras, un trunco nombre, una sola letra, ante la immaculada página blanca. "Balbupear/ el único don permitido", profetiza en un poema. Y esa profecía acaba de fragmentar aún más las páginas de *Extramuros*, llenas de "borratajos" o "huevos amargos".
16. María Soledad Quiroga construyó *Los muros del claustro*, su quinto poemario, para celebrar y detener el paso del tiempo. Al igual que un escultor, quien edifica una escultura lítica, la suya es una celebración intelectual y no familiar como la de Tapia

Anaya. Las líneas del libro de Quiroga son, sobre todo, el tejido temporal de una "Penélope empecinada" o "el lazo de luz y silencio/ que ata el tiempo". Aquí, en este encierro, las palabras nombran las cosas y, al hacerlo, tocan el centro de su propio silencio. Un centro sin memoria donde todo sucede y queda en vilo. ¿Qué sucede y qué queda en vilo? ¿El paso del agua y la fijeza de la piedra?

17. Luis H. Antezana J., crítico y lector de literatura boliviana, sostiene que el tiempo es quizás el horizonte más evidente de los poemas de *Rasguño del silencio* de Blanca Garnica. En efecto, es una preocupación fundamental de la poetisa desde el inicio de su poemario. "El tiempo" se denomina el breve corolario que antecede a las cuatro precisas estancias poéticas. Pero más que seguir su curso o denunciar su indiferencia, los poemas de Garnica revelan la imposibilidad de nombrar lo pasajero o lo que sucede. Cuando la poetisa dice "tartamudo lenguaje" en realidad anuncia la precariedad de expresar el tiempo. Es la consonancia verbal al único don permitido por Benjamín Chavez: al balbucir o al hablar o leer con pronunciación dificultosa, tarda y vacilante, trastocando a veces las letras o las sílabas.
18. No otra cosa significa la invocación que hallamos en *Andamios* del poeta y cuentista cruceño Gustavo Cárdenas. Invocación a una permanencia o a un único instante, entre los días y las noches, donde "apenas una letra/ nos sostiene". Invocación también a un desmarcarse del tiempo ("nomás un oficio tramposo", dice Cárdenas) para estar fuera del pecado de todos los días, de la resurrección y de la vida eterna. El poeta cruceño quiere estar fuera del tiempo ("permanecer muerto" sin tiempo o sin memoria), indiferente a los cambios circunstanciales. Se podría decir que Gustavo arribó al meollo del asunto de este ensayo a través de un deslumbrante armazón de palabras. Si no hay tiempo, tampoco hay ni lengua ni habla. No hay nada. Cárdenas se permite una licencia terminal y meramente retórica: el infinito - dice - no existe. Precisamente ahí "estas palabras/ no dicen/ ni nombran", porque el arte de morirse - enfatiza Cárdenas - "no cabe en paletas/ ni en sinfonías/ menos en palabras/ peor, menos".

La Paz, 2006.

Muestra de la poesía última escrita en Bolivia desde 2000 al presente

Del tiempo

Lo que pasa
es que no sabemos para qué andamos
pisando hojas
murmurando ojos
gritando gritos callados.

La última transparencia de las velas
ha dejado una huella en tu sombra
tal vez,
sería mejor ser un papel blanco
inconcluso.

Hay más espacio
para unir las flores,
las lomas, el incienso
y todavía
no estamos listos
para bailar
la ronda de las piedras.

Las velas contarán el incendio del agua
que nosotros no entendemos.

¿Cuál es el fuego?
No importa,
A esta hora de los borrones
el humo baila camuflado entre palabras
entre cantos que no atrapo.

Dormí con unos versos en los labios
la noche, los tranvías
el rincón de la almohada
olvidaron las sílabas.

No pediré flores
miraré los muros gastados,
el verde dibujado.

**De Ritos de viaje,
por Paura Rodríguez Leytón.**

Recuadro para un epílogo

Los caminos parecían llenarse de charcos
cuando te alejabas.
Mis zarpazos se perdían entre tus cabellos.
Canciones las calles eran canciones
Las plazas se desplegaron como banderas
cuando reíamos.
Me entregabas tu palabra como un puente.
Y ahora estos gestos de fuego en mis manos.
Y ahora esa mierda en tus zapatos.
Ha comenzado la época de manzanas.
No sé qué papeles manejas.
La ciudad se me ha hecho ajena.
Necesito olvidar
estos gestos destructivos en mis manos.
Por las rendijas se van los días.
Hay un recodo en el tiempo
donde crecen las distancias
y nos hacemos irremediables.

**De Recodo en el aire,
por Jaime Nisttahuz.**

***Luciérnagas del fondo
(fragmentos)***

3

Pósate en mi mano
gorrión
hazme mansa.

11

Al subir
me crucé con una mujer
su cabello ardía
blancos gansos la escoltaban

Tardó siglos en hablarme.

14

Como en los árboles
lo que no tiene nombre
es posible.

27

Todo el verdor
¿cómo mirarlo?
cierro los ojos.

**De *Luciérnagas del fondo,*
por Vilma Tapia Anaya.**

inaudible

***un arenal baldío
en el lugar de las palabras***
Susana Thénon

1

el hilo cuelga
tenso

2

página

lo blanco
todo

3

máquina de escribir
máquina del traer

4

epígrafe
epílogo
toda escritura

5

errancia
pertenencia

6

pronunciar
profanar

7

siempre una
y la misma
línea

8

pronunciación
imposible
vacío que cerca

9

pocas letras
acaso ni eso
siempre

10

una inscripción
una fecha
un trunco nombre

¿un algo?

11

vivir
verbo irregular
transitivo

12

afantasmados
todo recuerdo
confunde
diluye

raída hoja
del cuaderno de esbozos

13

esperar
que la flecha
dé
en el blanco de la página

14

escribir
expulsar
leer
recuperar
silencios

15

lo revelado
nosotros mismos

16

lo invisible
lo indecible

17

cada vez más hondo
lo hondo

18

la obra que se vislumbra
promesa
pre libris

otra ilusión

19

oficio de escribir
desovar huevos amargos

20

nombrar
nada
nombrar
nadie
a nada
a nadie

21

y el libro que se escribe
incesante
solo
sin nosotros

22

el recuento de lo superfluo

23

acaso el poema
lo único

24

y más allá del desierto qué

25

notas
tachaduras
anotaciones al margen
apenas eso
el aporte

26

palabra
inventada
como todas
como ninguna

27

y la maleza
que crece y crece
alrededor
al centro
de la página

28

un infierno atraviesa

29

salvar por las palabras
qué

30

adentro
afuera de lo escrito
marcha
contra marcha
duda incesante

31

jirafa
peineta
morador
todas esas palabras
nada
y la nuestra
una sola letra

ni eso

32

la demora
ineludible
esencial

33

qué antes de la escritura
qué después

34

cerrar el libro
qué
se cierra

35

balbucear
el único don permitido

***De Extramuros,
por Benjamín Chávez.***

Los muros del claustro

(fragmentos)

La mañana cruza el patio
lento animal sediento
buscando
un trago de sombra.

En el abrevadero de la luz
la piedra se sumerge
íntegra
un instante de claridad
y otro
acumulan su latido
en el laberinto denso
del tiempo coagulado
antes piedra
ahora ámbar.

La piedra empedernida
la larga piedra que no acaba
aquí el mar es de piedra
silencioso mar que se curva
ondula
se repliega
estalla.

Recorro la piedra
con los dedos
toco sus borde
sus costuras
su superficie límpida de agua
pongo mi lengua sobre la piedra
y recupero la sed
áspera de la marea detenida.

La piedra permanece
lúcida e intacta
sumida en su oleaje de granito
la superficie en calma
no revela la marea
la tensa corriente de sus venas
el relámpago
que aún calla.
En su lenguaje acuoso
la piedra habla
dócil
escucho la corriente tersa
el lazo de luz y silencio
que ata el tiempo.

***De Los muros del claustro,
por María Soledad Quiroga.***

El tiempo

1

No deshilar
el mundo
enfada al viento:

Trémulas buganvillas
sueltan
sus velos

Nieve
en la sangre
de los gomeros

Envía mensajes
y parte
la golondrina

Lo molles
se contorsionan
como Las Furias

Tiembla
tullida
la higuera.

2

Se ha desgarrado
el aire:
la luna vela

Restaura
la mañana
sus cristales

Mientras atisba
la memoria
desde los rincones

Con descaro
mira
el tiempo

Interminable
su hilo
sin lanzadera

Más antiguo
que el Cro-magnon
respira.

3

Piedras y voces
¿sueñan
o ruedan?

Los golpes
crean la arena
y una a una
se ensartan

Reparando
los húmeros
los calcañares
los cuerpos

Para caer
con las hojas
a la vista
del tiempo.

***De Rasguño del silencio,
por Blanca Garnica.***

Perfiles de la muerte

*Oh padre, soy aquí la voz más cándida
y sólo sé que la alegría se ha ido,
y que esta cosa, la pena, se insinúa en
nuestros corazones
para, lo temo, quedarse eternamente en ellos.*

John Keats

1

No es necesario el regreso
hay otros caminos
donde no existen más huellas
que el bostezo de los años.

2

Dormido espejo
devuelve las palabras
intactas
sin el mínimo eco
sin nada.

3

La existencia de las cosas
dependía
apenas
de tu boca.

4

Carcomidos desiertos
los labios
la sed o el beso
despojados deseos
de la desierta muerte.

5

En el fondo
de la tierra
un colibrí de raíz
liba
los despojos
de mineral recuerdo.

6

Esperar...
¿Qué?
Acaso
un fugaz milagro:
la sangre convertida en vino

7

el arte de morir
no cabe en paletas
ni en sinfonías
menos en palabras
peor, menos.

8

Es nomás un oficio tramposo
éste
de seguir muerto
desmarcarse del tiempo
del pecado de todos los días
de la resurrección
y de la vida eterna

9

No vestir un yelmo
para protegerse
de la excomuni3n
y el desprecio
y la tortura
y de todos los oscuros
apetitos subterráneos.

10

Es un privilegio
por ejemplo
no mojarse
con la lluvia
escuchar apenas
el rumor del agua
sobre el pecho
que promete llegar
y no llega.

11

La justicia divina
también deambula
entre las fosas
con sus gafas oscuras
su balanza digital
y una espada
de plástico barato.

12

Escuchar
el crujido
del sol
ese otro acto
de brujería:
el amanecer.

13

Horizontal
el encierro
el desorden
de huesos
de cal
y de una copa eterna
llena de vidrio molido.

14

Moldes desarticulados
óseos recuerdos:
el movimiento
y las verticales sombras.

15

Es la ceguera
quien se adueña
de la luz
y los destellos
oscuridad prometida
desde antes.

16

Crepúsculo
esdrújulo momento
en el portal
de la llana noche.

17

Nada duele más
que lanzarse
del espejo
y no encontrar nada

18

Que irse
es nomás
dejar de ser
que las puertas
que los puertos
que los 33000 pies de altura
que los recodos y los charcos
que las mareas altas
son rutas
que tampoco existen
que estas palabras
no dicen
ni nombran.

**De Andamios,
por Gustavo Cárdenas.**